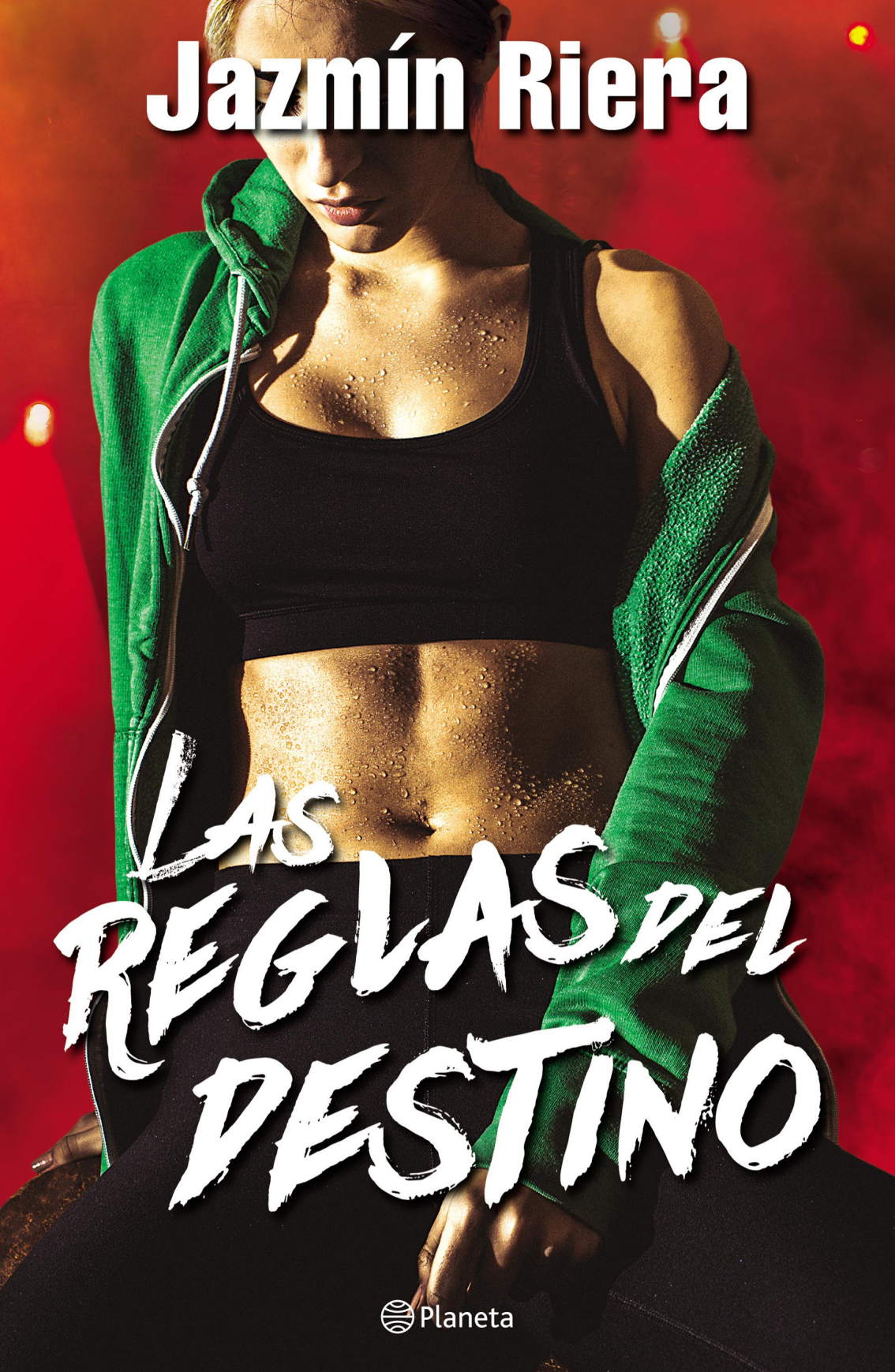




Jazmín Riera

LAS REGLAS DEL DESTINO

 Planeta

JAZMÍN RIERA

LAS REGLAS DEL DESTINO

CAPÍTULO 1

Abrí los ojos cuando el pitido de la alarma resonó por toda la habitación. Me estiré y la apagué para luego sentarme en la cama sin esfuerzo. Miré por la ventana, el día parecía estar increíble, sin una nube. Caminé rápidamente al baño para darme una ducha y comenzar mi mañana de la mejor manera. Tenía cada minuto cronometrado para llegar a tiempo a la empresa; cuando terminé de vestirme con una falda negra tubo, una blusa color vino tino y un blazer negro bajé las escaleras de la casa. Todavía me impresionaba el lugar, era tan amplio, con decoración minimalista, todo estaba pintado de blanco y negro. Había sido idea mía y estaba feliz por eso.

—Hola, Gloria —hablé mientras me acercaba a la cocina mirando distraídamente el celular. Di un vistazo al mail de mi secretaria en el que hablaba de la reunión de las diez.

—Hola, señorita Milton —dijo la mujer sonriendo mientras guardaba comida en el freezer. Era la mejor empleada que había tenido, confiable y cariñosa. Gloria tan solo venía dos veces por semana, ya que no era necesario más. Si bien era una casa grande para dos personas, era bastante fácil de mantener—. ¿Quiere desayunar? Le preparé jugo con huevos revueltos —habló la mujer.

—Claro, si es posible —le contesté ahora mirándola—. ¿Thom ya se fue? —pregunté mientras me sentaba en la mesa amplia del comedor.

—El señor Carrington salió hace una hora aproximadamente. Me dijo que le recuerde de la reunión con los escoceses —dijo mientras apoyaba el vaso con el líquido naranja y un plato con huevos revueltos.

Había olvidado que Thom, mi prometido, tenía un gran día hoy. Pronto nos casaríamos, aún no habíamos puesto fecha; sería mi primera boda y el segundo matrimonio para él.

—¿Puede ser algo de fruta, por favor? —comenté—. En realidad no tengo tanta hambre como para comer huevos —dije apenada. Ella sonrió amablemente, asintiendo.

—Está comiendo poco, señorita Milton —apreció lentamente.

—No te preocupes, Ryan me mantiene sana —dije sonriendo mientras tomaba un poco del delicioso jugo mientras veía cómo la mujer se iba a la cocina a buscar lo pedido. Ryan, mi entrenador personal, ya era parte de la familia; me cuidaba como a su hermana pequeña.

Frené mi Audi en el estacionamiento de la empresa con total agilidad, el reloj de mi muñeca marcaba las nueve de la mañana, había llegado puntual. Me sonreí a mí misma, tomé mi cartera y salí del hermoso auto que había sido regalo para mi maravilloso cumpleaños número veintitrés. Los tacos resonaron en el piso lustroso mientras caminaba por el pasillo de la gigantesca empresa, tomé el ascensor para luego apretar el número 8. Esperé con paciencia mirando los números pasar mientras miraba también mi maquillaje en el espejo que cubría toda la pared. Moví mi pelo que se encontraba en una colita alta tirante. Apenas se abrieron las puertas mecánicas, Loren se me abalanzó.

—¿Acaso sabes qué hora es? —preguntó con papeles en las manos. Su vestido azul Francia resaltaba su buena figura y el pelo morocho oscuro atado en un rodete prolijo completaba su aspecto.

—Son las nueve —dije como si nada mientras caminaba hacia mi oficina.

—Marie, un café, por favor —le dije a la mujer que estaba sentada detrás del escritorio. Ella asintió rápidamente. Cuando entré a mi oficina, sabía que mi asistente me seguía mirando con furia.

—Abby, esta reunión es muy importante —comentó Loren mirándome con seriedad.

—Tranquila, lo sé. Pensé que Thom se encargaría. Sé que necesitamos a Charlie Gorey en nuestra compañía, es un gran jugador de fútbol pero es un patán y todos lo saben —dije sentándome en la silla. Ambas miramos cómo Marie traía un café en su mano para luego dejarlo en mi escritorio.

—¿Necesita algo más, señorita Milton? —preguntó la mujer regordeta de unos veintitantos.

—No, muchas gracias, Marie.

Mi secretaria asintió y luego se retiró con su típica timidez.

—Sea o no sea un patán, vale millones. Thom no puede encargarse porque está en otra reunión. Lo sabes perfectamente —dijo con profesionalidad.

—No te preocupes, estoy lista para enfrentarme a ese idiota —hablé poniendo los ojos en blanco. Loren intentó retener una sonrisa.

—Intenta empezar por sacar lo de idiota. ¿Almorzamos juntas hoy o de nuevo me cambiarás por tu prometido? —preguntó frunciendo el entrecejo exageradamente; si había algo que me daba gracia era su forma de ser tan dramática.

—Almorzaré contigo —dije bebiendo de mi café—. Ahora vete que tengo que leer un poco más sobre mi próximo cliente.

—Bien, en veinte minutos te quiero en la sala de reuniones —me señaló mientras deslizaba sus manos por la falda tras una arruga imaginaria.

Observé la ficha del nuevo deportista que se agregaría a la firma. Representar a deportistas era difícil, ya que todos tenían grandes egos, no querían ser guiados, y creían que podían hacer todo por ellos mismos. Como jefa del departamento de Comunicación de la empresa se me hacía difícil tapar cada «desliz» que tenían.

Cuando se hizo la hora tomé mis papeles dispuesta a enfrentarme a uno de los mejores futbolistas del momento.

—Señor Gorey —dije cuando entré al lugar donde había una gran mesa junto a varias sillas. A sus costados había hombres de traje; a mi lado, Loren—. Soy Abby Milton. —El hombre se levantó con arrogancia para luego estrecharme una mano.

—Sabemos quién eres —comentó el joven para luego volver a sentarse.

—Bien, eso nos hace saltar la introducción. Vamos al grano —dije amablemente mientras me sentaba—. Hemos investigado bastante sus rankings, puntos, anotaciones. Estamos realmente sorprendidos con su desempeño y realmente nos gustaría tenerlo en Sportstar S. Company, pero tendremos que hacer algunos ajustes en su imagen pública. Creemos que una gran carrera se hace en base a varios aspectos y uno de ellos es poder conectar con los fanáticos —dije lentamente. El joven de pelo oxigenado bufó.

—Escúchame, me encanta tu charlita de moral, pero no me interesa. Solo quiero ganar más dinero del que tengo, ¿comprendes?

—achinó los ojos. Ahora entendía por qué este idiota perdía a sus representantes uno tras otro.

—Señor Gorey, no podemos representar a una persona por más talentosa que sea si no está dispuesta a cooperar con nosotros. Usted juega de forma excelente, pero si luego trata mal a sus fanáticos frente a las cámaras, sale con mujeres escandalosas e insulta a otros jugadores, créame que perderá montones de dinero. ¿Comprende? —achiné los ojos ahora con voz dura. El chico se quedó en silencio, evaluándome.

—Me gusta tu actitud —susurró todavía con disgusto.

—Me alegro, porque nos veremos bastante seguido —dije regalando una leve sonrisa de lado—. Mi asistente ya le ha hablado de nuestra visión, ella les dará los papeles. Pueden evaluarlo con tranquilidad y si están interesados haremos una cita para cerrar los detalles —dije parándome—. Lamento tener que irme, pero el tiempo corre —comenté estrechando mi mano con ellos—. Un placer, señor Gorey —dije lentamente. Él asintió.

Apenas salí del lugar pude respirar tranquila, odiaba tener que enfrentarme a esos tipos. Thomas lo hacía mejor, pero yo llevaba varios aciertos; sabía que este rubio iba a ceder, éramos la mejor compañía con los deportistas, mejorábamos la imagen hasta del más difícil.

—Marie —le dije a mi secretaria, que me miró atentamente—. ¿Thomas terminó su junta? —pregunté despacio. Ella asintió.

—Está en su oficina, señorita Milton. Vino por usted hace unos momentos —dijo. Yo asentí.

—Gracias —dije para luego caminar por los pasillos nuevamente en busca de mi prometido.

Saludé a su secretaria, Michelle, que me sonrió dándome una sonrisa amplia. No solo parecía una modelo sino que estaba realmente interesada en llegar al tope de la compañía.

—Hola —saludé con una sonrisa luego de tocar la puerta.

Thomas se encontraba sentado en su inmenso escritorio. Su pelo castaño estaba cortado prolijamente y vestía un traje caro con una corbata gris. Levantó el rostro y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Hola, amor —dijo abriendo los brazos para darme la bienve-

nida. Lo abracé llevando mis labios a los de él de forma lenta—. Lamento no haberme levantado contigo, pero esos escoceses y Richard me tienen en ebullición —dijo separándose de mí para volver a sentarse. Me hubiese gustado estar un poco más en sus brazos pero Thom no era muy bueno para demostrar afecto; me senté en la silla de enfrente—. Por suerte la junta fue todo un éxito —dijo sonriendo satisfecho.

—¿Sigue con ganas de jubilarse? —pregunté lentamente.

Richard era uno de los trabajadores más antiguos de la empresa. En todo lo relacionado con los números, él era el líder.

—Quiere ir con su esposa a la India y luego recorrer el mundo —bufó—. Le ofrecí más dinero, lo rechazó —dijo lentamente reclinándose en la silla—. Ya no sé cómo retenerlo —habló con amargura.

—Todo se resolverá, tal vez habría que encontrar a otra persona que pueda reemplazarlo —comenté intentando relajarlo.

—Hay alguien que iría bien con el puesto, pero no sé si está disponible —miró hacia otro lado, como si pensara—. ¿Cómo te fue con Gorey? —preguntó cambiando de tema.

—Bien, ya sabes. Es un poco arrogante —dije sarcásticamente. Él asintió con aprobación. Thom había tenido su primera junta con él y también había vuelto bastante molesto con el genio del chico—. Pero creo que cerrará el trato —dije sonriendo sin mostrar los dientes.

—¡Muy bien! Esa es mi chica. —Estiró su mano por arriba de la mesa para tomar la mía—. ¿Almorzamos juntos? —preguntó luego.

—Almorzaré con Loren, cree que la estoy abandonando —dije mientras me cruzaba de piernas cómodamente.

—Bien, entonces te veré en la cena. —Hizo una mueca—. Salvo que no vayas al gimnasio... —Me miró con ojos grandes. Negué con la cabeza riendo. Si faltaba, Ryan me mataría.

—Claro que no, me gusta ir al gimnasio. Cenaremos algo, le diré a Gloria que deje alguna cosa preparada o tal vez pueda cocinar algo —dije emocionada.

—No es necesario, amor. Ya trabajas muy duro aquí.

Hacía tanto que no cocinaba yo misma.

—De acuerdo —dije intentando ocultar un poco mi disgusto—. Le diré a Gloria. —Sonreí sin más. El intercomunicador sonó, él lo levantó para luego escuchar lo que decía su secretaria del otro lado.

—Bien, ahora lo llamo —habló frunciendo el ceño para luego cortar.

—Debo llamar a Phillip, al parecer tuvo un fuerte tirón en la pierna y está en revisión —dijo preocupado mientras esperaba el nuevo llamado de la secretaria con la comunicación con el jugador de básquet estrella.

—Entonces te dejo, yo también debo volver a trabajar —contesté mientras me ponía de pie, él asintió regalándome una sonrisa.

Moví mi torso para adelante sintiendo mi cuerpo caliente, la transpiración inundaba cada centímetro de mi piel. Volví a estirarme para luego levantarme con los brazos en la cabeza.

—Vamos, ya casi terminas, Mils —dijo Ryan. Vestía una musculosa verde chillona pegada a la piel y unos shorts blancos. Seguí haciendo los abdominales—. Doscientos —contó finalizando mi tortura. Respiré hondo y dejé caer mi cuerpo en la colchoneta intentando recomponerme—. Muy bien. Mejoraste bastante, lindura. Aquí tienes —dijo pasándome la botella de agua. Como si estuviera en un desierto la llevé a mi boca y bebí el líquido con desesperación. Mi cuerpo lo necesitaba, me encontraba deshidratada. Ryan disfrutaba de mi mal rato.

—Si te sigues riendo te cortaré en rábanos y los tiraré a la licuadora. —Lo señalé con mi dedo índice de forma retadora.

—Oh, Mils, qué miedo. Tal vez si dejaras de fumar esos horribles cigarrillos tendrías más resistencia —se burló—. Ven, vamos. Irás a la cinta —dijo estirando su mano para que la tomara.

—Creo que fue suficiente por hoy —hablé cansada mientras nos dirigíamos al otro lado del gimnasio. Él encendió la máquina cuando ya me encontraba arriba de esta.

—Te acompañaré —dijo mientras encendía la mía haciendo que comenzara a caminar. Él se subió a la que estaba a un lado.

—Juro que te odio en este momento, quiero irme a casa —dije con agotamiento mientras la velocidad de la máquina comenzaba a aumentar haciendo que trotara.

—Tranquila, ya terminará. Debes descargar toda la energía negativa de esa empresa —comentó.

—Me estás descargando el alma —le dije, divertida, a mi amigo.

—Te descargo la grasa, Mils. Sin mí no tendrías ese maravilloso cuerpo que atormenta a cualquier espécimen que entre aquí —dijo, y yo reí. Ryan era un hombre grande, bronceado, castaño, muy fibroso, pero hipergay. No tenía pelos en la lengua y eso me gustaba. De repente un batallón de hombres salió de una de las clases—. Uj, los chicos de boxeo salieron —dijo Ryan mirando distraídamente hacia ahí mientras trotábamos.

—¿Abrieron una clase de boxeo? —comenté sorprendida.

—Había una a la mañana y ahora abrieron otra a esta hora —me contestó. Boxeo. De repente algo en mí se movió, ese deporte.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras mareada? —habló mi amigo mientras bajaba de la cinta para detener la mía.

—Sí, sí. Cansada, creo que hemos hecho bastante por hoy —dije lentamente todavía con la respiración agitada. Mi amigo me miró sabiendo perfectamente que no era eso.

—Bien, no te preocupes. Mañana te podré hacer papilla —rio. Negué con la cabeza, divertida.

Encendí la luz de la casa con una mano; con la otra sostenía el sushi recién comprado.

—¿Thom? —pregunté luego de dejar las llaves del auto y la cartera arriba de la mesa—. ¿Thomas? —insistí. Su auto no estaba en la cochera. Bufé molesta tomando mi celular y apreté rápidamente el número del contacto.

—Amor —dijo del otro lado.

—Thomas, ¿dónde estás? Pensé que ya ibas a estar aquí en casa —dije mientras sacaba la comida de las bolsas junto a una botella de vino.

—Lo sé, pero sigo con el tema de Richard. Necesito que alguien se encargue de los números de la empresa, también tengo que terminar algunos reportes para mañana. Pero llegaré en una hora, lo prometo —habló rápidamente. Sabía que era sincero. Llevaba en sus hombros la empresa de su padre, se sentía bastante estresado con todo.

—No te preocupes. Estoy algo cansada por el entrenamiento, creo que comeré rápido e iré a dormir —dije mientras miraba al vacío.

—Bueno, amor. Duerme bien —contestó del otro lado de la línea.

—Adiós —corté la llamada para luego tirar el celular a la mesa.

Miré fijamente la comida que había comprado pero me decidí por tomar solamente la botella de vino. Lo serví en una copa grande.

Había conocido a Thomas en el último año de la carrera de Comunicación, él había ido a dar una charla en el auditorio para contar un poco de lo que se hacía en su empresa. Me topé con él en uno de los pasillos y la simple felicitación que le di nos llevó a ambos a comenzar una charla que terminó con una invitación a cenar. Él era perfecto, dueño de una compañía, prolijo, simpático, siempre de buen humor y bien vestido. Nunca lo había visto correr ningún riesgo, era preciso con todo. Era tan diferente a... Corté mis pensamientos de repente, no quería volver a esa etapa de mi vida olvidada.

Tomé un largo trago de la copa, abrí con amargura el envase y comí una pieza de sushi. Mi novio se moriría si me viera comiendo con los dedos, pero él no estaba aquí. Agarré la botella y me encaminé hacia las escaleras. Me prepararía una ducha, música y vino. No había mejor combinación.